

10507 - H2O

Sonó el despertador un sábado por la mañana en la habitación de Ana, el sonido agudo de la alarma le perforaba los oídos, no odiaba nada tanto como madrugar. Salió de la cama con cierta apatía, no desayunó apenas y se vistió con lo primero que vio en su armario. Sabía que iba a ser un día duro en su trabajo; empezaba el verano y todo el mundo quería visitar su museo en esta época del año, la chica suponía que acudían para intentar averiguar como era todo antes. El edificio se solía llenar de gente que sudaba mucho debido al calor y que apoyaba los dedos en sus impolutos cristales y los llenaba de grasa.

Ana había sido una amante del océano desde pequeña, le encantaban el agua y su fauna; siempre le habían apasionado las criaturas marinas. Contaba ya con 34 años de edad y era directora del museo "H2O", gracias a lo que estaba cumpliendo más o menos su sueño de revivir la magia del agua. Sabía que hacía no mucho habían existido acuarios, lugares donde la gente iba a contemplar especies marinas en su total esplendor y sintió una enorme envidia hacia sus visitantes.

Aparcó su coche a menos de 50 metros del museo, quedaba media hora para que las puertas del local abrieran y ya se podía oír a la muchedumbre agolparse en el patio exterior. Observó unos instantes el edificio desde fuera, no podía negar que era una construcción preciosa; se elevaba una altura de 100 metros sobre el suelo y estaba construida solo por vidrio. Entró a la imponente construcción por la puerta trasera, todavía no había llegado nadie del personal y la directora era consciente de ello, siempre le gustaba observar la exposición en silencio un poco antes de que la gente empezara a abarrotar las estancias del museo.

Empezó su visita por la sala de los moluscos, este grupo solía ser el más pequeño y el que menos llamaba la atención y, justo por ese motivo, Ana lo amaba. Observó cada uno de los robots, sus movimientos mecánicos que todavía no habían llegado a camuflar. Se dio cuenta de que había un calamar al que se le estaban acabando las pilas y se lo anotó mentalmente para luego reportar el problema. Después pasó a la sala de las criaturas fantásticas, que solía ser la preferida de los más jóvenes. Se sentó en un banco ubicado en mitad de la estancia y miró a los autómatas pasear de un lado a otro de los contenedores acuáticos, saludando a puntos aleatorios de la sala y repitiendo la misma coreografía una y otra vez. Se estremeció cuando un tritón dio con el lugar exacto donde estaba sentada y le dedicó una sonrisa mecánica. Nunca le había gustado tener que exponer piezas de metal en tanques de agua pero no contaba con otra cosa para mostrar al público. Era lo más parecido a lo que quería representar que podía llegar a conseguir. Llegó a la estancia de los peces, la que a Ana menos le gustaba y la más melancólica. Los peces habían sido los primeros en extinguirse. Ella misma había hojeado artículos, leído noticias y visto fotos del pasado siglo, cuando el plástico empezó a sumergirse en la salada inmensidad de los océanos y empezaron a contabilizarse las primeras víctimas marinas. Recordó los vídeos de campañas y manifestaciones, y se le clavaron en el corazón las reacciones de la gente que no quería escuchar. Se giró hacia la última vitrina, la que habían puesto como recordatorio a la humanidad y, cuanto más se acercaba a esta, más se le humedecían los ojos y más notaba que la habitación se cargaba de una energía triste que se le acumulaba sobre los hombros.

El principal objetivo de la creación del museo siempre había sido intentar arreglar lo que sus antepasados habían destruido con sus imprudencias, intentar volver sobre sus pasos y evitar una sentencia de muerte a la fauna marina. Pero la realidad atormentaba a Ana en lo más profundo de su ser: el egoísmo de la humanidad había destrozado el océano.

Una amante de la vida marina dejó escapar dos lágrimas saladas al contemplar la parte más triste y más real de todo el museo. Bolsas de plástico como las que usaban sus abuelos estaban expuestas ahogando seres. Eran simples maquetas que ella había elegido personalmente pero en ellas veía reflejadas la siniestra sombra de la muerte. Sentía que era su corazón el que se ahogaba y una molesta presión le oprimió el pecho. Trozos de plástico se superponían apagando la luz de la vida

en el agua, y Ana sabía que lo estaban haciendo para siempre.